

crípción: *Anno Domini 1224. Beatus Franciscus sub hac arbore scæpe cum gratiarum actione et lætitia spiritus comedit.* Allí se hallaba la famosa piedra ungida. La iglesia llamada de los Estigmas es el más antiguo monumento del monte Albernia: á ambos lados tiene las armas del conde Orlando: una cruz y tres lises. Como en aquellas latitudes frías y húmedas no se conservan lienzos ni frescos, ambas iglesias encierran relieves de barro vidriado, obra alguno de ellos del famoso Lucas de la Robia. Al monte Albernia se retiró san Antonio de Padua para componer sus sermones, y san Buenaventura para hallar la inspiración mística de su *Itinerario de la mente á Dios.*

(21) Están tomados estos trozos de una carta de fray Masco de Marignano «á todos los hermanos é hijos del gran patriarca Francisco», que se conservaba en el archivo de San Damián de Asís.



## CAPÍTULO VIII.

## AGONÍA, MUERTE, RESURRECCIÓN.

Padecimientos y dolores de Francisco. — Las lágrimas le ciegan. — Muda de lugares. — Acércase la muerte. — Jacoba de Sietesolios. — Bendición á última hora. — Tránsito. — Semejanza con el Crucificado. — Sepelio. — Clara y sus hijas. — Valle del Infierno y Valle del Paraíso. — Himno de Gregorio IX. — Canonización. — Traslación y misterioso depósito del cuerpo. — Leyenda. — Cántico de triunfo.

.....  
*Ante obitum mortuus, post obitum vivus.*  
 .....

(Epitafio de san Francisco,  
 por Gregorio IX.)

.....  
*Muerto antes de morir, vivo después de la muerte.*  
 .....

(Epitafio de san Francisco,  
 por Gregorio IX.)

**C**UANDO descendió Francisco del monte Albernia no había porción de su organismo que no estuviese crucificada de padecimientos. Aparte de las cinco llagas que ya le asemejaban á su prototipo, el Varón de dolores, aquejábanle violentas hemoptisis, crueles ataques al estómago, á los nervios, al hígado, y especialmente sus ojos, escaldados por torrentes de abrasadoras lágrimas, apenas iban viendo la bella luz del *hermano Sol*. Y no obstante, por aquel tiempo, el contento interior de su espíritu se exhaló en himnos de gozo, y bendijo á Dios en las criaturas y en

la naturaleza toda, con tal efusión, que como uno de sus compañeros se admirase de su alegría, Francisco hubo de confesarle que se regocijaba de su próxima libertad y tránsito á la gloria del Paraíso (1). Declare estos sentimientos un pasaje de uno de nuestros eximios escritores místicos. — « Estando san Francisco de Asís — dice el Padre Nieremberg (2) — muy afligido de un dolor de ojos que no le dejaba tomar algún descanso del sueño, molestándole juntamente el demonio con llenarle el aposento de ratones que con muchas carreras y ruido aumentaban su pena, daba con gran paciencia gracias al Señor, porque le castigaba tan blandamente, diciendo: Señor mío Jesucristo: mayores castigos merezco, pero vos como buen Pastor, concededme que por ninguna tribulación me aparte de vos. Estando en esto, oyó una voz que le dijo: Francisco, si toda la tierra fuera de oro puro, y los ríos fueran de bálsamo, y los montes y peñas fueran de piedras preciosas y diamantes, ¿no dijeras que éste era un gran tesoro? Pues sábete que hay otro mayor tesoro, cuanto es más el oro que el cieno, el bálsamo que el agua, y una piedra preciosa que un guijarro; y este rico tesoro se te debe por premio de tu enfermedad, si estás contento con ella: gózate, Francisco, que este tesoro es la gloria, al cual se va por tribulaciones.» — San Buenaventura nos refiere, que, para mostrar cuán caras le eran las dolencias, Francisco no les daba nombre de penas, sino de hermanas (3). En cierta ocasión, viéndole un fraile sufrir cauterio en los ojos, le dijo: — « Padre, ruega á Cristo que te trate con más blandura »; — y respondióle Francisco, no alterado del dolor y sí de la advertencia: — « Á no saber que eres de sencilla condición, te arrojara de mi presencia, por atreverte á juzgar á Dios. »

Con hallarse su cuerpo tan agobiado y consumido de males, la piel pegada á los huesos, sin poder sentar los pies por los clavos que los trucidaban, debilitado por pérdidas incesantes del licor de sus venas, alentaba de tal suerte el espíritu de Francisco, que, repitiendo no haber hecho en toda su vida cosa alguna para gloria de Dios, quería con renovado afán comenzar entonces á servirle, y ansiaba volver al servicio de los leprosos, ó á predicar la fe en Siria. Mas las mortales enfermedades le sujetaban, y no conformándose á la inacción, en un jumentillo recorría, como sabemos, campos y ciudades, desfallecido y semivivo, repitiendo con transportes de caridad: — « Jesucristo, mi amor, ha sido crucificado. » — Y absorto en la raptura de su ánimo, ni oía los clamores de veneración de la multitud, ni sentía que le cortaban á pedazos el sayal para guardarlo como reliquia.

Resistíase á tomar medicinas que aliviase sus angustias, pero fray Elías, que lo cuidaba como una madre, logró al cabo reducirle á que descansase algo y se pusiese en cura, instalándolo en un aposentillo próximo al convento de San Damián, á fin de que santa Clara y sus hijas pudiesen cuidarle y preparar sus remedios. Mas como su estado no mejorase, trasladáronle á Foligno, sin que tampoco la nueva mudanza de aires, ni la asistencia de renombrado médico, atajasen los progresos del mal. Elías no desmayó en su lucha con la muerte, y en los dos años que dura la agonía lenta de Francisco le vemos intentar cuanto cabe, probar distintos climas, ensayar medicamentos heroicos, disputar á la tierra el cuerpo, consumido de encerrar un alma toda fuego y luz. De Foligno volvió Francisco á Asís, casi enteramente perdida la vista. Un día, deseando partir con su primer discí-

pulo Bernardo de Quintaval, salió á buscarle al monte donde tenía su retiro, y le llamaba á voces diciendo : — « Fray Bernardo, hijo, ven á consolar á este pobre ciego. » — Engolfado Bernardo en sus rezos no le oyó; y Francisco, que no por vivir en las esferas del amor divino dejaba de experimentar con vehemencia los afectos de la humana amistad, se turbó y entristeció en gran manera. Pero cuando supo la causa del silencio de Bernardo, se tendió en el suelo y le ordenó que tres veces le pisase la boca, lo cual hubo de ejecutar el discípulo, no sin mucha resistencia y repugnancia.

Para consultar con los médicos pasó Francisco á Rieti. Alguno le advirtió que sus continuas lágrimas le causaban la ceguera, y que las contuviese para sanar; á lo cual respondió Francisco : — « Hermano médico, por amor de la vista corporal, que también disfrutan las moscas, no hemos de perder la del espíritu. » — Á la desesperada, resolvieron aplicarle lo que entonces se consideraba remedio supremo : introducirle en la nuca un hierro hecho ascua, abriéndole un sedal. — « Hermano fuego — dijo el paciente al ver el hierro enrojecido — hermosa criatura de Dios, templa para mí tus rigores. » — Y en efecto, no sintió Francisco la quemadura, ni el dolor más leve. Un tanto aliviado, se volvió á Asís, donde aceptó la hospitalidad del Obispo, á principios del año 1225. Aprovechó un corto intervalo de mejoría para que le llevasen por los pueblos de Umbria y Nápoles, edificando á las gentes. En esta expedición curó en Bagnorea un niño enfermo. Al extender sus manos sobre el infante para devolverle la salud, Francisco exclamó : — « ¡ Oh buena ventura ! » — El niño salvado por el moribundo penitente fué después el gran pensador franciscano, san Buenaventura.

Moribundo puede ya llamarse á Francisco, pues antes de llegar á Nocera apretaron de tal modo sus dolencias, que le fué forzoso detenerse en una aldeilla. Los magistrados de Asís, temerosos de que Francisco expirase fuera del recinto de su ciudad natal, despacharon dos cónsules con gente armada para trasladarle, y para asegurarse, en caso de necesidad, de precioso tesoro de su cadáver. Transportaron al enfermo con mil precauciones hasta Sartiano, donde se detuvieron para concederle algún descanso : y siendo la población pequeña y los forasteros muchos, no hallaban de comer, con ofrecer duplicados los precios de las viandas. Quejáronse al Santo de la penuria de los labradores, que por ningún dinero les querían dar bastecimientos. Francisco les contestó : — « No hallaréis viveres mientras confiéis más en vuestras moscas (asi llamaba al dinero) que en la providencia del Altísimo. Salid con mis compañeros, y dad la vuelta al pueblo pidiendo limosna por amor de Dios. » — Salieron los soldados con los frailes, y recogieron copioso donativo.

Otra vez albergó á Francisco el obispo de Asís; pero empeoraba, y Elías le condujo á Siena en abril, buscando más suave y templado ambiente. Allí le sobrevino tan copioso vómito de sangre, que le daban ya por difunto; y él mismo, creyéndose llegado á punto de muerte, se despidió de sus frailes con estos últimos encargos : — « Amaos los unos á los otros con amor puro y sencillo, como yo os amé siempre : amad con todo esfuerzo á mi señora la santa pobreza : vivid sujetos á la Iglesia. » — Quedó de esta crisis Francisco muy quebrantado, pero apenas recobró algunas fuerzas, las empleó en escribir cartas exhortatorias á los frailes de su Orden. Sabedor Elías del grave peligro

del maestro, fué á buscarle, y llevóle á Cortona, pero esta última tentativa fracasó : una hinchazón general se apoderaba de los miembros de Francisco : declaróse la hidropesía, y ansioso de morir en la Porciúncula, rogó á Elías que sin dilación le condujese á Asís. Fué indescriptible el júbilo de la ciudad viendo dentro de sus muros al Santo : quiso el Obispo recogerle de nuevo en su palacio, y así que se supo cuán en peligro de muerte venía, los magistrados pusieron guardias en torno de la residencia episcopal, velando día y noche para que no les fuese arrebatado el santo cuerpo.

Aquellas horas últimas encruelcieron los dolores del agonizante, con tal violencia, que habiéndole preguntado un fraile qué soportaría de mejor grado, si el martirio por mano del verdugo, ó los achaques de su enfermedad, Francisco, protestando de su perfecta sumisión á la voluntad divina, aseguró que preferiría cualquier linaje de suplicio á los tres días de angustia transcurridos. Y á pesar de todo ello, su espíritu brillaba más que nunca, como la luz que próxima á extinguirse resplandece con mayor viveza ; y doctrinaba y exhortaba elocuentemente á sus compañeros reunidos en torno del lecho del dolor. Por fin le anunció el médico de Arezzo, que no se apartaba de él, la proximidad del tránsito. Recibió el aviso con extrañas muestras de alegría, y empezó á cantar con rostro radiante y en voz sonora y alta la estrofa compuesta por él mismo en loor de su hermana la muerte. Como el patriarca Jacob, reunió á sus hijos y los bendijo cruzando los brazos ; después quiso ser llevado á Santa María de los Ángeles para exhalar el espíritu de vida allí donde recibiera el de gracia. Le condujeron en su propio lecho, y cuando estuvieron en la llanura dijo á

los portadores : — « Volvedme de cara á la ciudad. » — Incorporóse y exclamó : — « Bendita seas, ciudad fiel á Dios : morada serás de santos » (4). — Y lloró, despidiéndose de su patria. Apenas hubo llegado á la Porciúncula acordóse de su tierna amiga Jacoba de Sietesolios, á quien solía llamar *fray Jacobo* por sus varoniles virtudes, pues amaba mucho á la ilustre matrona, protectora y hermana de todos los frailes Menores. Y deseando verla por vez postrera en el mundo, comenzó á dictar una carta en estos términos : — « Sabrás, carísima, como Jesucristo me ha otorgado la gracia de revelarme el plazo de mi vida, que está ya muy cercano ; por lo cual, si deseas verme vivo, vente en seguida que recibas esta carta al convento de Santa María de los Ángeles ; porque si llegases después del sábado inmediato, ya no me hallarás con vida. Trae contigo jerga para mi mortaja y cera para mi sepultura : y también alguna de aquellas viandas que me dabas cuando estuve enfermo en Roma »... — Aquí se detuvo de pronto, y dijo al fraile amanuense : — « No escribas más, que no es necesario ; deja ahí la carta. » — Momentos después se oyó llamar á la portería, y apareció Jacoba acompañada de sus dos hijos, trayendo la mortaja, la cera y los manjares que deseaba el Santo : á cuyos pies se arrojó la matrona, regándolos con lágrimas. Empezó á cuidarle y asistirle, y quería despedir á sus hijos para Roma ; pero Francisco la detuvo, diciendo : — « No los despidas, porque ciertamente moriré el sábado, y concluido mi funeral te podrás volver con tus hijos á tu casa » (5).

Aquellos días últimos de su vida no cesaba Francisco de cantar el himno de las criaturas, que había compuesto. Pidió perdón á su cuerpo de haberle maltratado tanto en provecho del espíritu ; dictó su testa-

mento admirable, y habiendo hecho la señal de la cruz sobre un pan, lo partió y distribuyó á sus compañeros, que rodeaban el lecho; tras de esta imitación de la eucarística cena bendijo á Jacoba de Sietesolios, y después más especialmente á fray Gil y á su primogénito fray Bernardo de Quintaval, á quien con inexplicable ternura dijo: — « Tú, primero que fuiste elegido para esta Orden y te hiciste pobre por amor é imitación de Cristo, seas bendito en todos los lances de tu vida, en tus entradas y salidas, dormido y despierto, en vida y en muerte. » — Como la hora se aproximaba, quiso expoliarse y yacer en el suelo desnudo sobre un lecho de ceniza: tapó con la mano izquierda la llaga del costado, y dijo á los frailes: — « Yo obré lo que me tocaba. Cristo os enseñe lo que os toca á vosotros. » — Lloraban los compañeros viéndole en tan triste estado, y uno de ellos, con súbita inspiración, se llegó al moribundo y presentóle una túnica, cuerda y femurales, pronunciando: — « Te presto esas cosas como á un mendigo, y te mando usarlas por santa obediencia. » — Francisco las tomó alegremente, hallándose fiel hasta la muerte á la amada pobreza. Recordando al que amó á los suyos hasta el fin, congregó á todos los frailes y se despidió de ellos diciéndoles: — « El tiempo de prueba y tribulación no está distante: felices los que perseveren. Yo voy á Dios, y os encomiendo á su gracia. » — Luego dió la bienvenida á la muerte, que sentía acercarse. — « Bien vengas, hermana muerte, » — exclamaba con efusión. — Otra vez quiso que lo desnudasen de sus ropas para exhalar el último aliento, y pidió que después de haber expirado lo dejasen estar así el tiempo que puede tardar un hombre en andar cómodamente una milla. En seguida rogó que le trajesen el

Evangelio y le leyesen la Pasión de Cristo según san Juan, comenzando en las palabras *Ante diem festum Paschæ*. Mientras tanto lo desnudaban como deseó, y rodeábanlo de ceniza. Con voz clara y entera aún cantó el salmo *Voce mea ad Dominum clamavi*, y al terminar el versículo *Me expectant justi donec retribuas mihi*, dió su espíritu, y como dice Dante,

.....  
*del suo grembo l'anima preclara*  
*muover si volle, tornando al suo regno*  
*ed al suo corpo non volle altra bara.*  
 .....

Por la atmósfera serena, donde ya se iba alzando el lucero vespertino, vió entonces un fraile cruzar otra estrella refulgente que se remontaba al cielo.

Cuarenta y cinco años tenía el mártir de amor. Lo que de él quedaba en la tierra lo lavó y ungió piadosamente Jacoba, ayudada de los frailes, y le puso una túnica abierta por el costado para que se descubriese la llaga, depositándolo después sobre alto estrado, que cubrió con ricos tapices. La población de Asís invadió la estancia mortuoria con sed de contemplar el santo cuerpo. Estaba el cadáver natural y flexible; la carne, de suyo morena y curtida, se volviera blanca: destacábase la herida lateral con bordes replegados y color purpúreo, semejante, dice san Buenaventura, á una bella rosa; y en manos y pies los prodigiosos clavos. Un incrédulo de los estigmas, el caballero Jerónimo de Asís, fué á moverlos y palparlos repetidas veces. Con vivos toques describe cómo se vieron los restos santos fray Elías, en la carta en que participa á los ministros provinciales la muerte del Fundador. — « Cuando vivía (dice) y su espíritu animaba su carne, era de aspecto y semblante despreciable, porque las

penitencias y enfermedades habían vuelto su piel pálida y denegrida, y todos los miembros de su cuerpo con la fuerza de los dolores y continuos achaques, estaban maltratados, y de la contracción y encogimiento de los nervios, rígidos, deformes é intratables, como lo están los de los cuerpos muertos; pero luego que murió, quedó con semblante y rostro hermoso, claro y venerable, cuya extremada hermosura y maravilloso candor daban gozo y alegría á quien le miraba. Quedaron, en fin, todos sus miembros suaves al tacto, tratables y fáciles en el juego de sus coyunturas; de suerte que se movían y doblaban al arbitrio de quien los tocaba, como si fuesen de un niño tierno. » — Y añadía : — « El amado de Dios y de los hombres descansa ya en las mansiones de la luz. Él era luz de verdad, cuyo resplandor alumbró á los que se hallaban en las tinieblas, sentados con ociosidad en sombra de muerte. »

Pasaron los Menores la noche del sábado cantando himnos y salmos en torno del cuerpo, y desde que amaneció el domingo acudió el pueblo entero de Asís con luces y ramas de oliva para acompañarlo á la sepultura : los nobles llevaban el cuerpo á hombros ; el pueblo seguía entonando cánticos, en tanta multitud y con tantas hachas y palmas que más parecía festejar á un triunfador que despedir á un muerto. Al pasar cerca del convento de San Damián, situado extramuros de Asís, detúvose el cortejo, y depositaron el cuerpo en la iglesia, á fin de que, según el pronóstico de Francisco, su hermana espiritual Clara pudiese verle aun una vez en el mundo. Ella y sus hijas salieron á besar y á regar con llanto las heridas, los clavos, los pies del cadáver, sobre el cual hicieron trágica lamentación. — « Maldito sea, gemían, el día funesto de

oscuridad y tristeza que apagó la antorcha que alumbraba al mundo ! ; Oh Francisco, padre ! ; Por qué nos dejás débiles y miserables encerradas solas en estos muros ! ; Éramos tan felices cuando nos visitabas ! ; Á todas las riquezas preferíamos tu pobreza ; nos fortalecía tu dulzura !... Virgen Maria, ¿ has olvidado á tus humildes siervas ? » — Apartaron del cadáver á aquellas mujeres inconsolables como las hijas de Jerusalén, y el convoy se puso otra vez en marcha, hasta llegar al templo de San Jorge, donde Francisco siendo niño había estudiado los rudimentos de las letras y donde había predicado su primer sermón, y allí, por vez primera después de tantos años de heroica lucha, reposó el atleta de Cristo (6).

Mas de las tinieblas de la tumba va á resurgir glorificado su nombre, y su imagen rodeada de la aureola de oro de los bienaventurados. Las *Floreillas* refieren esta resurrección del penitente con laconismo extraordinario. — « Y después, dicen, fué canonizado san Francisco en mil doscientos veintiocho por el papa Gregorio IX, que vino personalmente á Asís á canonizarle. Y esto baste á la cuarta consideración. » — No imitemos la elocuente concisión, que acaso sea uno de los mayores encantos del libro que mereció ser llamado *Iliada franciscana*, antes contemos cómo la poesía sagrada deshojó sus más bellas flores sobre la losa del bendito sepulcro, y cómo fué decretada la apoteosis del hombre evangélico. Alzábase cerca de Asís un siniestro cerrillo donde se ejecutaba á los reos de muerte, y Francisco había manifestado deseos de ser enterrado en aquel sitio infame. Cuando Gregorio IX, que se gloriaba haber sido amigo de Francisco (7), resolvió canonizarlo, dispuso que antes se construyese soberbio monumento donde se depositase su

cuerpo, y confió la comisión á fray Elías, que recordando la voluntad de su maestro, eligió para erigir la basílica el cerro llamado *Valle del Infierno*, que desde entonces recibió el nombre de *Valle del Paraíso* (8). Entre tanto procedíase á la canonización: Gregorio IX examinaba detenidamente en consistorio pleno la validez del expediente, y en Perusa, donde á la sazón le habían obligado á refugiarse las turbulencias de los gibelinos y los manejos del emperador de Alemania, inscribió á Francisco en las páginas del libro de oro de los santos. Hecho lo cual, se dirigió á Asís con su curia á celebrar la ceremonia solemne. Atrajo ésta gentes de todas partes de Italia, no pocos obispos, más de dos mil frailes Menores. La concurrencia se agolpaba en el pórtico de la iglesuela de San Jorge en la mañana del día 16 (dominica III) de julio, y una oleada de entusiasmo la estremeció toda cuando, abierto el sepulcro que encerraba los restos de Francisco, subió el Papa al trono que le habían preparado, y comenzó el panegírico (9), tomando por tema las palabras del *Eclesiastés*: « Como la estrella matutina entre las nubes, como la luna llena, como el sol en su esplendor, así brilló en el templo de Dios. » — El anciano Pontífice habló, con los ojos húmedos y la voz embargada por el llanto, de la íntima familiaridad que le había unido con Francisco, del amigo de la tierra que ahora era protector en el cielo, y acudiendo á la poesía para mejor expresar sus afectos, entonó la glosa *Caput draconis ultimum*, compuesta por él para aquella circunstancia.

« La última cabeza del dragón, armada de la cuchilla vengadora, despliega el séptimo estandarte, se alza contra el cielo, y trata de atraer gran número de astros á las filas de los réprobos.

» Mas he aquí que Cristo por su parte expide un nuevo Legado: sobre su bendito cuerpo resplandece la enseña de la Cruz.

» Francisco, noble príncipe, ostenta el sello real; convoca á los pueblos de todos los países del orbe; contra el odio cismático del dragón organiza tres milicias de caballeros armados á la ligera, que dispersarán los hordas infernales que al dragón auxiliaban » (10).

Terminado el himno, levantóse el cardenal Octaviano y leyó en alta voz los milagros examinados, no sin muchas lágrimas del concurso, entre el cual se elevaban voces exclamando: — « Á mí me aconteció eso: es verdad, es verdad. » — El cardenal diácono Raniero Capocio le siguió refiriendo muchas cosas de la vida de Francisco, á quien había conocido. Acabada la relación, se incorporó el Pontífice y extendiendo las manos y alzando los ojos al cielo, pronunció: — « Á honor de Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de la gloriosa Virgen María, de los apóstoles Pedro y Pablo, y de la Iglesia romana. Venerando al beatísimo padre Francisco, á quien el Señor glorificó en los cielos, y con el consejo y aprobación de nuestros hermanos y de otros preladados, le inscribimos en el catálogo de los santos, y mandamos que el cuatro de octubre, día de su dichoso tránsito, se celebre su fiesta. » — Promulgada la sentencia, entonaron los Cardenales el *Te Deum*, rompió el pueblo en aclamaciones, y el Papa, descendiendo de su trono, vino á postrarse ante el arca que encerraba el cuerpo de Francisco, y la adoró y besó repetidas veces. Imitáronle Cardenales y nobles, y el ataúd descubierto, fué colocado en el centro del santuario.

Celebró el Papa la misa, mientras los frailes Meno-